

Democracia, ultracuerpos y cajas negras

0.1. Democracia poseída

La democracia ya no excluye la dictadura. Antes, de manera trivial, solo podía haber dictadura derrocando la democracia, como pasó en España con la Segunda República, en Italia, Alemania y tantas veces en Latinoamérica. Para eso se necesitaba un acto de fuerza militar, porque era raro que la gente prefiriera un régimen autoritario a uno democrático. Mientras hubiera democracia, no podía haber dictadura. Pero el totalitarismo, siendo esencialmente lo mismo siempre, cambia con los tiempos en su formato y, desde luego, en sus métodos y propaganda.

Ahora no necesitan atacar la democracia. Una de las características de la nueva ultraderecha es que no busca derrocar la democracia para instaurar su dictadura. Hay muchas películas con el tema de invasores que vienen del espacio para aniquilar el planeta o a la humanidad. Pero en *La invasión de los ultracuerpos* (y su antecesora), la ocupación extraterrestre se plantea de una manera distinta. No destruyen a los humanos, sino que los *ocupan*. Los alienígenas son microorganismos que se introducen en los cuerpos humanos sin dañarlos, ni en su morfología, ni en su memoria, ni en sus conocimientos. Pero los sujetos, con sus cualidades intactas, se hacen fríos, impasibles y se organizan en una especie de colmena desapasionada. ¿Para qué querrían destruirlos? Los

humanos poseídos son los alienígenas de los que tienen que huir los humanos aún no ocupados por los ultracuerpos. El totalitarismo no necesita derribar el sistema democrático. No quiere derribar la democracia, sino *ocuparla*: ser una especie de infección que, reteniendo la morfología del sistema, lo haga trabajar para formar una sociedad totalitaria, como los ultracuerpos, como una posesión demoníaca. Para ello tienen que vaciar de sentido las instituciones sin derrocarlas; degradar los servicios públicos negando que se estén derogando los derechos correspondientes; tienen incluso que convocar y ganar elecciones. La sociedad se hace totalitaria cuando desaparece de hecho la división de poderes, la prensa independiente, el control al Gobierno y la posibilidad real de alternancia, aunque haya elecciones y las leyes acepten el pluralismo. Para eso hay que infundir en la gente los estados emocionales de odio, ansiedad, miedo y esperanza que necesitan para que su conducta fortalezca el sistema autoritario. A ello se aplica su propaganda. La propaganda ultra actual incluye procedimientos para que cada acólito la repita y, no menos importante, para que sus detractores la amplifiquen y la inyecten en el torrente sanguíneo del sistema político sin saber que le están haciendo el juego al enemigo.

Conviene entender cuáles son los rasgos de esta propaganda, reconocerlos cuando aparecen regados en distintos discursos políticos y tener una mínima estrategia para anularlos. Mario Bunge se afanó en su día por denunciar las pseudociencias, su engaño y su inutilidad. Lógicamente, no todos tenemos formación científica y no todos podemos distinguir cuándo alguien que nos habla de oligoelementos está diciendo algo con fundamento, y ni siquiera si existen los oligoelementos. Parte de la cruzada de Bunge contra las pseudociencias fue dar recetas sencillas con las que podamos identificar la impostura, algo así como que de oído podamos darnos cuenta

de que no es científico lo que nos dicen. Todo el que haya visto *Star Trek* y haya oído las peroratas científicas entre Spock y Kirk o entre Data y Picard se da cuenta de que estaba oyendo jerga pseudocientífica (en este caso con encanto y sin daño). Lo que intentaba Bunge era ampliar esta intuición y hacerla operativa para detectar la fantasía en el mundo real. Algo así conviene con la propaganda de extrema derecha. No suele ofrecerse en forma de catecismo ni compendio. Suele aparecer disuelta en discursos que no parecen ideológicos y que muchas veces fingen no ser políticos, sino sentido común de gente corriente. Conviene educar el oído para distinguir los tonos fascistas camuflados en las melodías más variadas.

Hay que entender que el fascismo no lo levantan solo los fascistas. No son tantos. La ultraderecha con frecuencia se filtra en las instituciones como agua insalubre, empapando al partido conservador de turno, que va llevando su humedad al funcionamiento del Estado. En ese proceso, el propio partido conservador se pudre del sectarismo, racismo, machismo y clasismo de la ultraderecha, y pasa a ser parte de la corrosión de la democracia. Pero tienen también la colaboración incluso de personas progresistas que le dan «parte de razón» en «algunas cosas», y la de los rojipardos que ayudan a camuflar los mensajes fascistas (de esto hablaremos en su momento). La propaganda ultra, siempre iracunda e incitativa, se dispara en muchas direcciones y no es raro que algún aspecto de su sedicente hartazgo se parezca al nuestro en tal o cual aspecto. Es preciso entender que todas las puertas del fascismo conducen al fascismo entero y nunca a otra cosa, que el fascismo es fractal y está completo e idéntico en cada episodio y que no hay avance del fascismo, por pequeño que sea, que sea venial. Cada diputado que gane lo pagará una mujer maltratada, un homosexual agredido, un grupo racial señalado, un servicio público degradado. Los datos internacionales no

dejan lugar a dudas. En el mundo occidental avanza la extrema derecha y a medida que avanza aumentan los atentados y actos violentos basados en el racismo blanco. Aunque esto pueda cambiar, en el momento de escribir estas líneas hay más atentados en nombre del supremacismo blanco que del yihadismo islámico.

David Robson se preguntaba en un artículo de la BBC por qué gente inteligente y con estudios creía bulos sobre el coronavirus y por qué comparte y difunde en las redes sociales contenidos que debería saber que son falsos y, más aún, comparte informaciones en las que no creen. La ignorancia o la estupidez (no va una con la otra) ayudan a la intoxicación informativa, pero no son la causa principal. La inteligencia y la formación modifican poco el grado de credulidad y la predisposición para intoxicar. El bulo y la propaganda maliciosa es el cuerpo y alma de la táctica de la extrema derecha. Las pretensiones ultras repugnan a la mayoría, pero se acomodan a estados de ánimo que todos tenemos en algún momento. No se les puede combatir desenmascarando su falsedad. La verdad no sirve para eso. La verdad tiene que ser un componente de cualquier discurso político honesto. Pero solo eso: un componente.

o.2. ¿Pero es fascista la extrema derecha?

El asunto de las cajas negras

Tenemos que acostumbrarnos a ver la actualidad y sus procesos con *cajas negras*.¹ En ciencia la caja negra es algo que se excluye de la observación. Es decir, es un límite que ponemos al afán de explicar las cosas. No se pueden explicar bien

¹ Ver Forti (2021) y Eco (1995).

las cosas sin excluir algo y sin poner algún límite. En la vida ordinaria lo hacemos a menudo. Decimos que pisamos el embrague de un coche para cambiar de velocidad o para que no se cale si se para el coche con una velocidad puesta. En realidad, el embrague es un dispositivo que acopla el giro del eje provocado por el motor con el giro de otros ejes que acabarán moviendo las ruedas. Pisamos el embrague para suspender esa sincronización, de manera que el eje girado por el motor no afecte al movimiento de las ruedas y se pueda acoplar con un eje distinto que marque una relación de movimiento diferente con respecto al primero. Es necesario entender cómo funciona una caja de cambios para que se puedan fabricar y reparar coches. Pero en la vida normal, hasta un ingeniero de altos vuelos dirá simplemente que hay que pisar el embrague para no rascar el motor al cambiar de marcha o para que no se cale si se para. El ingeniero, como nosotros, pone cajas negras, saca de la explicación un montón de datos. Si no lo hiciera, sus consejos para el novato al que hay que decirle cuándo pisar el embrague serían un batiburrillo enmarañado de ejes sincronizados y relaciones de velocidad y potencia que solo oscurecerían lo que tiene que aprender el principiante de la conducción. En nuestra vida normal, diciendo que hay que pisar el embrague para cambiar de marcha, está dicho todo lo que hace falta: afinar más la explicación solo añade oscuridad y confusión. En clases de ingeniería, por supuesto que hay que explicar el proceso detalladamente. Se recurre a las cajas negras según los contextos. Siempre hay que pensar cuándo detallar más aclara y cuándo detallar más distrae o confunde.

Decía que hace falta analizar la actualidad con cajas negras. La izquierda es muy dada a precisiones sin límite y a análisis recargados que distraen de lo esencial y que no ayudan a saber qué hacer. Uno de estos enredos es si, como decía Umberto Eco, hay un fascismo esencial que cambia de forma

según los tiempos, pero que es siempre es el mismo, o si la actual ultraderecha es un fenómeno distinto que no puede llamarse *fascismo*. Forti está en lo cierto cuando señala que no se puede combatir a la actual ultraderecha sin conocer qué es. También está en lo cierto cuando dice que el fenómeno es nuevo, no una repetición de cosas ya sabidas. Quien crea que estamos ante una reedición de Mussolini no sabrá cómo enfrentar a la actual extrema derecha. Y explica por qué ese fenómeno nuevo no es exactamente fascista. Todo esto es importante, tan importante como entender cómo funciona una caja de cambios. Y es importante que un historiador y analista como él lo explique. Pero si pasamos al discurso político, estamos en otra cosa.

El discurso político tiene que interpretar la realidad y el momento, pero siempre con la vocación de marcar pautas de acción. La actual extrema derecha está en la misma constelación que el fascismo histórico. No puede ser lo mismo porque nada puede ser igual a lo que pasara en los años treinta en ningún ámbito, pero es el mismo tipo de totalitarismo y en política entrar en más detalles puede tener más de enredo que de aclaración. En la práctica política solo se puede decir que Vox es heredera del franquismo poniendo cajas negras, ignorando deliberadamente detalles diferenciadores que se consideran irrelevantes para una práctica concreta. Y probablemente sea una simplificación acertada para la práctica política. Otra cosa diferente es si el término *fascista* y derivados es conveniente en esa práctica política o no. También tiene razón Forti al decir que es una palabra que corre siempre el riesgo de ser referida a aquello de los años treinta que no es lo que está surgiendo ahora. En la campaña de la Comunidad de Madrid de 2021, la izquierda utilizó esa palabra para referirse a Vox y a las políticas de la presidenta y candidata Díaz Ayuso. Lo cierto es que la gente

no asociaba a Ayuso con tanques por las calles y paramilitares con camisa negra, que es con lo que se asocia la palabra *fascista*. Aceptar ese término para calificar un gobierno del PP apoyado por Vox es interiorizar una postura muy ideológica y muy comprometida, fuera del espacio en el que la gente común participa de la política. Una persona que habla de *fascismo* es una persona alarmada que alerta de un peligro. La carga de urgencia de la palabra *fascista* proyecta a quien la usa como una persona en un estado de alarma desmedida, como un místico que vive con inmoderada intensidad el momento político. No se trata de no alarmarse ni de negarse a ver el fascismo cuando está delante. Se trata de comunicar con cercanía. Es bueno comunicarse con palabras que la gente pueda usar y repetir porque encajan en sus usos y su talento. Eso no quiere decir que no se pueda utilizar la palabra *fascista*, sino solo que hay que medir bien su uso.

En resumen, en la práctica política no siempre es útil el análisis detallado que distingue a la ultraderecha del fascismo y no siempre la palabra *fascismo* es la que mejor comunica lo que es la ultraderecha.

La actual ultraderecha comparte los rasgos que nos deben importar con los fascismos históricos:

- Sistema autoritario: prensa intervenida, separación de poderes anulada, ausencia de control al Gobierno, imposibilidad de alternancia política, eliminación de derechos y libertades.
- Xenofobia y racismo: el grupo étnico mayoritario o más fuerte se presentará como amenazado por otros grupos y minorías.
- Machismo: se imponen papeles diferentes para hombre y mujer y se acentúan todos los rasgos de la sociedad patriarcal; máxima segregación de la mujer.

- Clasicismo: sociedad desigual con una oligarquía y una mayoría sin derechos ni oportunidades.
- Propaganda intensa y propagación sistemática de mentiras y bulos. Máxima intoxicación informativa.
- Fundamentalismo religioso y privilegios desmedidos a la Iglesia.
- Nacionalismo radical y excluyente, siempre emocional y simbólico, no económico.
- Polarización máxima, odio al rival político: el debate político se expresa en lenguaje bélico y de emergencia.
- Reivindicación de las referencias fascistas históricas, desde Mussolini a Franco.
- Liderazgo personalista.

Este es el tipo de cosas que importan para pensar en la situación política actual. Aquí hablaremos en un capítulo de cómo es propaganda de la extrema derecha para llevar a la población al marco cultural del totalitarismo. En el capítulo siguiente hablaremos de cómo enfrentar esa propaganda.